

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un libro acaba de traerme el correo.

Se titula *Contra los bárbaros*, y es su autor el novelista Pablo Margueritte, hijo del general del mismo nombre, que fué un héroe de la guerra de 1870, y dió una carga de caballería, página brillante entre tantas que Francia anotó como sombrías y tristes.

Los dos Margueritte (me refiero a los novelistas que escribieron la epopeya de aquella época luctuosa), se cuentan en el número de mis buenos amigos franceses.

A medida que va transcurriendo el tiempo, la lucha prolongándose, y siendo más reiterados los augurios del triunfo alemán, y más numerosos los gráficos en que la línea teutona se acorta porque se hace recta, mi simpatía hacia Francia se define mejor, y es mayor mi anhelo de que, al finalizar esta situación insostenible (nos anuncian que ha de sostenerse aún años enteros), quede Francia en disposición de reflejarse, de mantener su altísimo puesto, de conservar la hegemonía entre las naciones latinas, y de marchar al frente de la civilización en Europa.

Sea cual fuere el resultado de la guerra, y aunque no triunfen los aliados, creo — ésta es una opinión que he oído expresar a muchos de los que piensan en tales cosas — que Francia, lejos de sufrir el aniquilamiento que le vaticinan, saldrá de la lucha mejorada en tercio y quinto.

La razón de esta predicción consoladora, la encuentran los que la emiten, en la idea de que Francia se encontraba minada y dañada por causas diversas, y, según Margueritte, entre estas causas predominaban dos, la despoblación y el alcoholismo.

Tal juicio lo emitió el autor del libro *Contra los bárbaros* diez días antes de que se declarase la guerra, en un periódico, *La Dépêche de Toulouse*, y en aquella página, con las cuales encabeza su obra, llegaba a decir que en 1934, fecha en que su hijo Pablo, hoy de edad de dos años, podrá leer el escrito de su padre, comprendiéndolo — tal vez no exista Francia.

Descontada la exageración, todavía el cuadro que pinta Margueritte es aterrador y lleva la huella de un pesimismo violento.

Se apoya en el famoso artículo de Bertillon, estadístico y sociólogo, que señalaba el peligro inminente.

Si se ha de creer a ambos, Francia se va, fenece, sangrando, despoblada.

Faltan brazos para el arado y la industria; ya, por todas partes, colonias de trabajadores extranjeros suplen a los franceses.

Y, al lado de la disminución de la natalidad, aterra el ogro del alcoholismo, el alcohol convertido en arma electoral, agente de corrupción!

Si las mujeres votasen, votarían contra el alcohol; pero la Revolución, que proclamó los derechos del hombre, se guardó de proclamar los de la mujer, y por eso fué infecunda.

Todo esto o cosa muy semejante lo había dicho Emilio Zola, en sus novelas *Fecondité* y *L'Assommoir*.

Coinciden los dos novelistas, aun cuando seguramente su filiación es muy diversa.

Habían coincidido ya en retratar con pincel severo las faltas, errores y abandonos culpables que trajeron la catástrofe de 1870.

La diferencia es que Zola no alcanzó esta segunda y más que ninguna terrible, y no pudo presenciar cómo su patria, a pesar de todo, a pesar del *Assommoir* y de los equívocos gabinetes consultorios de comadronas y médicos, a pesar del ajeno y del *pot bouille*, por encima de las decadencias y las perversiones, los escepticismos y las ironías infecundas, logró recoger su ideal, su antiguo ideal patriótico, y

unirse como un solo hombre, como una sola conciencia, al pisar el invasor su suelo y ver amenazada su vida nacional.

Y este espectáculo es el que produce en Margueritte transportes, en contraste con sus anteriores juicios.

Francia vivirá, será eterna.

Su porvenir diferirá de su pasado.

Se habrán acabado las luchas, las miserias políticas y no quedarán sino patriotas sinceros.

La verdad es que, si se le hubiese preguntado a muchos qué actitud sería la de Francia en la hora del conflicto, supondrían que los alemanes iban a entrar en ella como en el pellón de manteca el cuchillo.

Lo del Marne sorprendió.

Nótese que no le llamo victoria, si bien por tal la tengo.

Y es que igual los aliadofilos que los germanófilos españoles, son asaz intransigentes, y cuando sale a relucir esto del Marne, cada uno aplica el ascua a su sardina con furor.

— ¿Qué victoria ni qué alcachofa? — dicen los partidarios de Alemania —. Maniobra estratégica, en que los alemanes aseguraron las posiciones que les convenían para pasar el invierno a gusto...

Y es inútil que repliquéis, tímidamente:

— A mí se me figura, sin embargo, que mejor lo pasarían dentro de París...

No hay más remedio que decir amén.

Si señor: los alemanes, que venían como un torrente sobre París, no traían, al parecer, más objeto que plantificarse donde hoy se encuentran.

Y si no avanzaron, fué sencillamente porque no se les antojó.

Por mucho que lo afirmen, me cuesta trabajo creerlo.

Que las posiciones en que se mantienen los alemanes sean aquellas que mejor pueden convenirles dado el estado de la guerra, es otra cosa.

Han necesitado distraer fuerzas importantísimas para hacer frente a Rusia, y habiéndolo logrado, acaso avancen por Francia, de la cual poseen diez departamentos.

Hay quien supone que esta situación se eternizará.

No lo quiera el cielo.

Si al cabo han de triunfar los alemanes, triunfen de una vez.

No será tan absoluto su triunfo, porque también notarán el horrible desgaste de la sangría suelta de dinero y hombres.

Y Francia no perecerá como suponen sus encarnizados enemigos.

Ni ése es tampoco el fin que se ha propuesto Alemania.

Vaticinar es muy fácil y nada cuesta.

A nadie le exigirán responsabilidad por las profecías.

Tal es la cuenta que se habrá echado el escritor chileno que me remite un folleto titulado *Futuro próximo del mundo*.

Yo confieso que me entretuvo su lectura.

Siempre interesa este juego de la imaginación, que consiste en adelantarse a los hechos y fantasearlos a nuestro arbitrio.

El autor del folleto, D. Arturo Benavides Santos, parece un católico ferviente y un optimista absoluto.

Sus profecías, aun las más siniestras, llevan un sello muy consolador.

Todo este gran lío europeo acabará bien, aunque por lo pronto tenga tanto de horrible, y aunque al estrago de la guerra siga el no menos atroz de una revolución vengadora.

Esta revolución será obra de las masas de hombres arrastrados a los campos de batalla contra su gusto, y que, terminada la carnicería bélica, querrán desquitarse, gozar, y para conseguirlo cometerán todo género de tropelías, destruyendo, incendiando y violentando mucho más que antes (que es cuanto hay que decir).

Pero, pasados unos pocos años, diez o quince a lo sumo, cádate que los hombres se arrepentirán, y les pesará de sus demasías; y entonces el Señor se apiadará de los humanos, y empezará la era de las prosperidades y venturas.

Escocia e Irlanda se desgarrarán de Inglaterra, declarándose independientes, y elegirán cada una su Rey y su Parlamento.

Por supuesto que tampoco las colonias inglesas seguirán sujetas a la metrópoli, sino que cada una se irá por su lado, formando diversas repúblicas.

Alemania, naturalmente, se hará tiestos.

Primero, desfilará Baviera, y en pos, los restantes Estados confederados.

El Káiser se quedará como el gallo de Morón; solamente con Prusia.

En cuanto a Austria-Hungría, descosimiento general.

Del Imperio se formarán nueve reinos.

Se ve que el Sr. Benavides concibe la salvación del mundo por desmenuzamiento, pulverización y disgregación atomística.

Los Estados Balcánicos, según él, vivirán contentos y felices, entregados a sus faenas pastoriles y agrícolas; en cambio, Rusia sufrirá nunca vista, espantable revolución.

Morirán en ella el Zar, los grandes duques y los generales y nobles. Cubrirán el territorio bandas y hordas feroces, que restaurarán la primitiva organización tribal.

En cambio, Polonia y Finlandia recobrarán su autonomía.

Francia sufrirá una suerte muy análoga a la de Rusia, y tal vez peor.

Los anarquistas harán allí el diablo a cuatro. París y las principales ciudades francesas estarán en poder de las turbas, las cuales escarnecerán y atropellarán por todos estilos a sacerdotes, seglares, doncellas y damas.

Una orgía semejante a la de la «semana trágica» se prolongará meses y años. No habrá ejército alguno.

Los apaches y tenebrosos serán dueños de la nación entera.

A diario habrá matanzas.

Por fin, «un buen día» (como se oye decir a veces) se atufarán los *Camelots du Roy*, se organizarán militarmente en un lejano departamento, y marchando sobre París, vencerán a la chusma, y proclamarán Rey de Francia al descendiente primogénito de Luis XVI, el Delfín o Duque de Normandía, que no murió en el Temple, sino que se salvó por medios muy dramáticos.

Esta suposición para lo venidero me indica que el Sr. Benavides es lo que en Francia llaman *survivante*, o sea partidario de la evasión y supervivencia del pobre niño.

Sobre tal asunto escribí yo una novela, titulada *Misterio*, que no cesa de aparecer en folletines interesando y conmoviendo extraordinariamente a los lectores; y no lo digo por vanidad literaria, sino como observación curiosa.

Yo escribía otro género de novelas, muy distinto, y el haber faltado a mis hábitos se debió a una especie de apuesta o porfía con un editor que me supuso incapaz de producir algo que compitiese con las narraciones de Alejandro Dumas.

Debo advertir que, habiendo encontrado el asunto de tal novela en libros de carácter histórico, que narran los lances de la vida del relojero Naundorff, supuesto Luis XVII (supuesto, o quizás verdadero) lo difícil me fué suprimir mucha parte folletinesca, o que lo parecía, y hacer más sencilla y verosímil la acción y la existencia del héroe.

En fin, el Sr. Benavides, en sus profecías, restaura en el trono de Francia a los descendientes de desdichado relojero, que viven oscuros y desconocidos, y saldrán a luz para encumbrarse a tan alto solio.

En el resto del mundo, Italia lo pasará muy mal: el rey y los nobles, los generales y el clero, como en Rusia, caerán bajo la cuchilla de los asesinos; Su Santidad, prófugo, morirá mártir; pero, en desquite, al sufrir Italia el consabido desmigue, los antiguos Estados Pontificios, bajo el nombre de Roma, se darán al nuevo Pontífice, que verá convertida y catolizada a la humanidad entera...

Lo más corriente de toda esta profecía, es el anuncio de que España también se dividirá en varios reinos.

Ya parece más sorprendente que el de Castilla tenga a Valencia por capital.

Sin embargo, hemos de estar preparados a casos extrañísimos, después de esta guerra descomunal y jamás imaginada.

Y si me dicen que Galicia, verbigracia, al constituirse en reino, tendrá por capital a Cuenca, después ta estoy a no mover un músculo de la faz.

¡El diablo sabe lo que nos espera!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.